





DOÑA FRANCISCA
LA CAUTIVA.

SEGUNDA PARTE.

SAgrada Virgen María,
Hija de Joachin, y Ana,
oy, Señora, necesito,
que me ayudes con tu gracia,
porque mi turbada pluma
dé finiquito á esta plana.
Ya dixe como quedó
en consulta esta canalla,
pero todos convinieron
de que muriese quemada.
Mandó el Renegado al punto,
que en medio de la Real Plaza
encendiesen una hoguera
con presteza, y vigilancia.
Lo qual breve executaron
lo que su amo les manda.
Dexémos en su alboroto
á estos barbaros pyratas,
y vamos á la Cautiva,
que entre prisiones estaba
mirando á sus hijos, dice:
Ay, hijos de mis entrañas!
Si no os huviera parido
mi pena no fuera tanta.
Y á Vos, Aurora impecable
MARIA llena de gracia,
estos hijos te encomiendo,
que ya sin Madre se hallan.
Los infantes se enternecen,
y amargamente lloraban,
y á su Madre le decian:
Madre mia de mi alma,
no desconfies, Señora,
que la Virgen nos ampara.
Y postrada de rodillas
puesta en oracion estaba,
hechos dos mares sus ojos
las fuertes prisiones baña,

y acabada la oracion
de aquesta suerte notaba:
Vos, ó Celestial Princesa,
que sois la luz de la Gracia,
Fuente hermosa de piedades,
que misericordia manas,
intercede con tu Hijo,
se adolesca de mi alma,
y que perdone mis culpas:
ya conozco, que son tantas,
que las arenas del mar
serán poco al numerarlas,
pero tu misericordia
jamás á nadie le falta.
Y dichas estas razones,
la mazmorra se llenaba
de un resplandor Celestial,
á los niños se arrimaba,
quebrantando las prisiones
sueltos los dos se quedaban,
y hacia su Madre se arriman,
con halagueñas palabras
le decian: Madre mia,
conoces á quien te habla?
Quedó la Christiana entonces
del caso maravillada,
y postrada de rodillas
asi ha dicho en voces altas:
Dime quién eres, Señora,
que tanta alegria causas?
Yo soi la Virgen del Carmen,
devota mia, levanta,
que vengo por tus tres hijos
para quando á Roma vayas.
Vés aqui al infante bueno,
todas sus heridas sanas,
En los brazos se lo pone,
el pecho luego desata,
y dandole el alimento,
de puro gozo lloraba.
Mirabale á su cabeza,
y viendo que estaba sana,
desque vió tan gran prodigio,
llena de alegria estraña,
á la Reyna de los Cielos
de aquesta suerte le habla:
De donde á mí tanto bien,
siendo yo tu indigna esclava?
Quando mereci, Señora,
que esta visita se me haga?
Y le respondió la Virgen
aquestas dulces palabras:
Hija, tu gran devocion
me hizo á mí que baxara
desde el Cielo hasta la tierra,
que amor con amor se paga.
Has de saber que este hombre,
que tanto á ti te maltrata,
era muy devoto mio,
y no quiero, que su alma
se pierda, y de su rescate
tú sola has de ser la causa.
Con esto se despidieron
con amorosas palabras,
muy alegres los infantes
con su Madre se abrazaban,
quedate en paz, y no temas
el castigo que te aguarda,
que has de salir con victoria,
libre, sin dolencia, y sana,
y asi predica la Fé
de nuestra Iglesia Romana.
Remontóse, y tomó vuelo
aquella preciosa Garza,
la mas candida Azuzena,
llevandose en su compañia
lor tres hermosos infantes,
y dexando á la Christiana
for-

fortalecida de suerte,
que ya no le teme á nada,
sólo desea el morir
por defender la Lei santa.
Prevenido ya el martyrio,
el vil Renegado baxa,
y asi que la vido sola,
con descompuestas palabras
dice: Adonde están tus hijos?
Donde se han ido malvada?
Infame no me respondes?
Pero la noble Christiana
le dió relacion de todo,
diciendole lo que pasa:
Señor, la Virgen del Carmen
se los llevó en su compaña,
y al niño que usted mató
de nuevo vida le daba.
A el oír estas razones
se enciende en colera, y saña,
y alzando cruel la mano
le pegó tal bofetada,
que la derribó en el suelo
sin sentido, y desmayada:
y desque volvió por sí,
afligida se levanta,
diciendole: Gran Señor,
dime, porqué me maltratas?
No preguntas por mis hijos,
y te he dicho lo que pasa?
Segunda vez le repite,
diciendo: Calla malvada,
que pues no has hecho caso,
de mí serás castigada.
De la mazmorra se sale,
y recias voces gritaba:
Acudid criados mios,
pues ya teneis puerta franca,
esto no tiene remedio,
quitadla ya de mi casa,
porque es cosa que me irrita
muger tan desesperada,
pues no le teme á la muerte:
Ea, al castigo llevadla.
A el oír estas razones,
á la mazmorra baxaban
como unos Leones fieros,
su ropa le desnudaban,
y dandole recios golpes,
á la verguenza la sacan;
pero ella mas encendida
la santa Lei predicaba
de mi Señor Jesu-Christo,
Redentor de nuestras almas.
Llegaron al sitio, donde
el incendio le aguardaba,
y crueles la arroxaron
entre las voraces llamas.
Apenas huvo caido,
el fuego altivo se apaga,
perdió sus flamantes luces
sin que al pelo le agraviaran.
Mas viendo que queda viva,
aquel alevoso manda,
que de la trenza del pelo
de una rexa la colgaran,
al instante lo executan
llenos de furor, y saña.
De una rexa la colgaron,
y en ella se la dexaban,
á donde estuvo tres dias
publicando en voces altas
de Dios sus sacros Mysterios,
y de su Iglesia Romana.
Mas viendo que no moria,
anda ideando mil trazas
por donde poder quitar
la vida á aquesta Christiana.
Man-

Mandó traxesen dos potros,
y a sus colas le amarraran,
y por las calles la saquen
hasta que pedazos la hagan,
y por si acaso no muere,
que la maten á pedradas.
Obedecen el mandato,
aunque de muy mala gana,
que ya algunos de los Turcos
solo de oirla lloraban:
Y en fin traxeron los potros,
y por las calles la sacan.
Los animales feroces
humildes se arrodillaban,
y entre tan grande tumulto
todos á tirarle amagan,
mas quando á tirarle iban
inmoviles se quedaban,
y entre tanta confusion
volvieron á la Christiana
á casa del Renegado,
diciendole lo que pasa.
El Renegado se admira,
un golpe el corazon daba,
y conociendo sus yerros,
arrepentido lloraba,
diciendo: Divina Aurora,
del Carmen Virgen sagrada,
si de aqui salgo con bien,
yo te empeño mi palabra
de hacer vida penitente
en una aspera montaña.
Y una noche de secreto
en una Nave se embarcan
los dos con quarenta Turcos,
que á voces piden el Agua
del Bautismo, porque quieren
morir en la Lei de Gracia,
y ochenta y siete Christianos
traxeron de retaguardia.
Les fué el viento tan feliz,
que en breve tiempo llegaban
à la gran Ciudad de Roma
á que los absuelva el Papa.
Los Turcos se christianaron,
rindiendole al Cielo gracias.
Don Juan Alonso se fué
à cumplirle la palabra
que dió á la Virgen del Carmen
nuestra Madre, y Avogada,
y despues Doña Francisca
se fué á casa de su hermana,
y en ella halló sus tres hijos,
prendas queridas del alma.
Ya dieron fin los pesares,
ya las tristezas se acaban,
ya todos se regocijan
por marabillas tan altas,
A la Virgen del Carmelo
demosle infinitas gracias.
Y ahora Pedro de Fuentes,
que es el Autór de esta plana,
á el Auditorio suplica,
perdonen sus muchas faltas.

Con Licencia:
En Cordoba en Casa de Don Juan de Medina,
Plazuela de las Cañas,